



Tiempo de resignificar

Rocío Cerdá Tarsetti

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e322>

Tiempo de resignificar

Time to resign

Rocío Cerdá Tarsetti / rocio.cer.tar@gmail.com

Creciendo en la UNLP desde los 10 años. Comunicadora Social y Docente. Especialista en Relaciones Internacionales

Gracias al COVID-19, en los medios internacionales es común leer ideas sobre el futuro: "El mundo en el que vivíamos desaparecerá", "La economía global caerá al menos 5 puntos", "El desempleo aumentará más que en la crisis de 1929", "El sistema de salud no sirve", "Qué mueran los que tienen que morir", "La escuela se transformará"...etcétera. El periodismo escribe páginas y páginas sobre estas circunstancias y produce una gran cantidad de predicciones que, en muchos casos, promueven una ansiedad colectiva a escala global. En la actualidad, se estima que mil millones de personas estamos en cuarentena; viviendo aislados, pero conectados. Ahora bien, ¿qué sentidos se generan? ¿qué percepciones emergen? ¿qué significa esta incidencia en nuestras vidas?

Desde Barcelona, y en plena cuarentena, me propuse identificar aquellas palabras que le están dando sentido a mi experiencia y, sin ánimos de estereotipar o producir generalidades que sólo oscurecen la realidad, a continuación, intentaré reflexionar sobre términos frecuentes en los medios de comunicación nacionales, los discursos de las autoridades y el público en general.

El destierro

El 9 de febrero llegué a la capital catalana para realizar un intercambio de posgrado. Tras unas semanas de trámites, clases y turismo por la ciudad, el virus nos encerró en un piso del barrio



Gótico. A partir de ese momento, el idioma y las palabras comenzaron a transformarse junto con nosotros.

En España, el término utilizado para referenciar la cuarentena es confinamiento. De acuerdo con la Real Academia Española, confinar significa “desterrar a alguien, señalándole una residencia obligatoria”. En la antigua polis griega, el mayor de los castigos para quienes infringían la ley era el destierro y, si bien existían de distintos tipos, todos implicaban el sufrimiento de dejar el lugar de pertenencia. Quizás el destierro más famoso sea el de Edipo Rey que, luego de extralimitarse sin pausa, se arrancó los ojos con los broches del vestido de Yocasta (su madre y esposa), huyó de Tebas y deambuló ciego en una tierra lejana junto a su hija, Antígona.

En un mundo hiper globalizado donde el movimiento de personas, el comercio de bienes y servicios, y el tráfico de datos, entre otras cuestiones, era algo constante e intenso, el castigo griego se hizo cuerpo en nuestras vidas. De un día para el otro, fuimos desterrados de nuestra cotidianeidad y, junto con ello, brotaron infinidad de explicaciones. Qué implicará esta nueva situación es difícil saberlo, sin embargo, la fuerza de esta experiencia radica en que nos confronta con nuestra extralimitación y, de alguna manera, nos lleva a preguntarnos (una vez más) cuándo y por qué nuestro modo de vida se volvió en una amenaza para la existencia.

El Estado de Bienestar

Con el transcurrir de los días, la agenda económica se sumó a la agenda sanitaria. Las cifras cubrieron las pantallas y, entre el número de víctimas fatales, se colaron las cifras de préstamos para la famosa reactivación económica. Para mí, la novedad fue comenzar a transitar una crisis económica y social lejos de casa. En Argentina, las crisis forman parte de nuestra identidad y la incertidumbre es un sentimiento con el que hemos aprendido a convivir. Desde que comenzó la pandemia en el viejo continente, los Estados son los protagonistas de la escena. Salvo las intervenciones de la derecha más derecha que una puede imaginarse, hasta el momento, los grupos políticos no cuestionan la necesidad de intervención del Estado en la economía e, incluso, el sector privado actúa cada vez más interrelacionado con el sector público. Quizás para culturas como estas, la interrelación entre los diferentes sectores económicos sea una obviedad, pero para alguien foráneo es algo potente e hipnótico ver a las potencias en marcha. Por ejemplo, el Banco Central Europeo (BCE), que preside Christine



Lagarde, ha publicitado su compromiso de generar liquidez para asegurar que los Estados emitan tanta deuda como sea necesaria para hacer frente a la crisis (¿Será la misma Christine que conocimos en Argentina durante la presidencia de Mauricio Macri?). La prioridad para el BCE es gastar todo lo que haga falta para evitar el colapso económico y la revuelta social. Primero, se buscará sostener a las empresas y los autónomos para evitar el corte de la cadena de pagos (salarios, facturas de proveedores, etcétera.) y, segundo, se financiarán los seguros de desempleo y los mecanismos de asistencia social. Obviamente, las tensiones y las diferencias entre los países y hacia el interior de cada uno de ellos aparecen, pero también se está trabajando para potenciar el bloque regional. En Europa, nadie regala nada y existe un cierto equilibrio entre las partes que les permite avanzar en la producción de beneficios comunes. Vale aclarar que el concepto de Estado de Bienestar está en boga porque la ciudadanía aún tiene fresco el recuerdo de la crisis financiera ocurrida en el año 2008.

Cada vez que escucho un anuncio o leo alguna noticia sobre las medidas de los Estados europeos, imagino cuán formidable sería que las mentes conquistadas por la narrativa neoliberal pudieran viajar a estas tierras para vivir y sentir lo que implica la presencia y la intervención de Estados en la economía. En América Latina, ¿Cuándo se diluirá la intención constante de cooptación del Estado por parte de los grupos de poder? ¿Podremos generar nuevas instancias de articulación que promuevan mayores riquezas y bienestar común para todos los actores sociales? ¿Comprenderemos que la riqueza de un Estado se centra en su capacidad para potenciar a todos los actores sociales que lo componen?

El enemigo y los aplausos

Desde el primer día de confinamiento, las autoridades definen al virus como el “enemigo común, un enemigo invisible” que debemos vencer entre todos. El lenguaje bélico predomina en cada declaración. Escuchar palabras como esas es algo extraño y, en más de una ocasión, resulta perturbador. Al personal sanitario se lo define como los “soldados”, los que “están poniendo el cuerpo a esta batalla”. Y, durante la primera fase del Estado de Alarma, la comunicación institucional del gobierno central se basó en la exaltación de las ideas de lucha, resistencia y unidad.

Por su parte, la ciudadanía acató las normas de manera notable y desarrolló diferentes formas de expresarse. Como se ha viralizado, los balcones son el escenario de múltiples



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Compartir Igual 4.0 Internacional

manifestaciones. De manera religiosa, todos los días a las veinte horas, los y las vecinas de la ciudad salen a aplaudir para dar ánimo y reconocer a quienes trabajan en todos los niveles de atención sanitaria. En barrios donde los turistas habían copado cada centímetro cuadrado, los habitantes de estas ciudades globales comenzaron a reencontrarse sin el bullicio constante y reconocer que esta nueva normalidad era más amena que la anterior. Emergió un espacio que parecía perdido. Ver al vecino barbudo aplaudiendo con entusiasmo, escuchar a las vecinas gritar “Bona nit” a los cuatro vientos o saludarse con la Señora de arriba sirvió para que supiéramos que todos “estaban bien”. Fue así como el ritual de los aplausos emergió como una forma de encuentro colectivo.

Pareciera que, a fin de cuentas, el COVID-19 nos está obligando a crear nuevas formas de nombrar el mundo que nos rodea y, junto con ello, encontrar espacios para resignificar la existencia. Quizás podamos hacer de la comunicación un lugar del que nadie nos podrá desterrar.